

Ganadores
obras literarias
Concursos
ECO ECO
2024





SEGUNDA EDICIÓN
2024

Foto de portada:
Stephanie Zambrano,
ganadora de Fotocrónica 2024

Ganadores obras literarias Concursos ECO ECO 2024

Diseño gráfico
Fabián Muggeri



SEGUNDA EDICIÓN
2024

ÍNDICE

09 ¿Qué es Proyecto ECO ECO?

15 Concursos y jurados

17 Ganadores Poesía

19 Ganadores Cuento

¿Qué es Proyecto ECO ECO?

Las transformaciones en la sociedad siempre tienen un correlato en la cultura que las narra, las interpreta, las traduce. Pero a la crisis climática planetaria le está faltando ese espejo que refleje los impresionantes cambios que estamos viviendo con una rapidez que marea y asombra.

Aunque hay un incipiente género de eco-ficción, escuchamos canciones aquí y allá y nos llegan noticias de movimientos **artistas**, esta es una conversación en la que se necesitan todavía muchos más participantes. Creamos **Proyecto Eco Eco** justamente para buscar y promover a esos artistas que nos puedan contar los impactos del caos ambiental y también proyectar una visión alternativa de futuro.

Nuestra propuesta: apelar a la imaginación y a los sentidos.

Apelamos a los sentidos para narrar y poetizar con nuevos lenguajes, de manera sensible, lo que la ciencia, los activismos, el periodismo vienen comunicando con datos, investigación, evidencia. El arte tiene la potencia para expresar de infinitas formas –mediante metáforas, alegorías, íconos, abstracciones y toda su riqueza expresiva– lo que nos está pasando con el planeta, nuestros modos de relacionarnos con lo vivo.

Y apelamos a la imaginación porque nos hace falta. Necesitamos imaginar otras formas de habitar el mundo.

Sensibilidad e imaginación, entonces, para contar de mil maneras lo que le están haciendo al mundo y cómo se condiciona nuestra capacidad de habitarlo. Sensibilidad e imaginación, también, para salir del desastre, emprender la reparación, construir otro futuro.

Un futuro con buena energía. Esa fue la consigna con la que convocamos, en la primera edición de **Proyecto Eco Eco** a cantar y rapear, a escribir cuentos y poesías, a hacer memes y humor gráfico. Estos fueron los formatos de nuestros concursos 2023, que lograron una gran convocatoria. En este libro presentamos los ganadores en las categorías Cuento, Poesía y Canción.

Acá les presentamos los ganadores del concurso de literatura de 2024, para el que contamos con los mejores jurados: Gabriela Cabezón Cámara, Dolores Reyes y Michel Nieva (cuento), y Gabriela Borrelli, Gabriela Berjman y Marico Carmona (poesía). La tapa es una fotografía de Stephanie Zambrano con su obra “Silencio fracturado”, ganadora del concurso de fotografía. Sus jurados fueron Rubén Digilio, Rodrigo Abd y Pablo Piovano.

En 2024, realizamos también **Geonnitus**: una instalación audiovisual sobre el fracking. El trabajo fue el resultado de una alianza colaborativa con

el Festival Ruido y contó con la participación de Leonello Zambón, Julian D’Angioliglio, Cecilia Castro, Florencia Curci y Javier Areal Vélez. La obra, una escultura vibrante y viviente, con música e imágenes, fue el resultado de una exploración artística de primera mano en Vaca Muerta. Fue presentada en el espacio IF, en Villa Lynch, con la participación de diversos expositores, entre ellos, Maristella Svampa. En diciembre, viajó de la mano de la crítica Graciela Speranza a Nueva York, que la presentó como un ejemplo de arte latinoamericano contemporáneo en el Museo de Arte Moderno.

Vamos a seguir profundizando este camino e incorporando nuevas disciplinas porque el arte, la creación, son un gran motor: para movilizarnos en lugar de paralizarnos ante todas las alarmas que están sonando, para llegar de un modo sensible a quienes no se sienten convocados por la urgencia. En vez de guardarnos la angustia dentro del corazón, necesitamos hablar de este tema más y más. Y acá estamos, para que la conversación ocurra y se expanda.

Las convocatorias artísticas de Proyecto ECO ECO ponen el foco en las formas de extracción de petróleo y el gas, porque la explotación de hidrocarburos es la causa principal del cambio climático.

Promueven y premian las manifestaciones artísticas que narran los impactos de la crisis planetaria y proyectan una visión alternativa de futuro.

Proyecto ECO ECO invita a expresarlo con música, poesía, imaginación y arte.

El cambio climático es el proceso que ocurre a partir de la modificación en el balance de energía en el planeta, por la combustión de estos hidrocarburos.

Y lo que provoca es la descomposición de polos y glaciares, cambios en los ríos y los mares y fenómenos inusitados: olas de calor, sequías e inundaciones súbitas, inviernos cortísimos. Y, por sobre todas las cosas, lo que entra en cuestionamiento es nuestra capacidad para habitar nuestro único lugar: la Tierra.

Proyecto Eco Eco es una iniciativa de Periodistas por el Planeta, una ONG creada para difundir nuevas narrativas que nos permitan explicar este momento crítico que estamos viviendo. Te invitamos a seguir participando en nuestras iniciativas porque, en definitiva, esta crisis no se resuelve sin todos nosotros. Te damos la palabra.

Marina Aizen

Directora de Proyecto ECO ECO

Co-fundadora de Periodistas por el Planeta

ARTISTAS QUE TRANSFORMAN.

POESÍA, FOTOCRÓNICA
Y CUENTO

fueron las tres
categorías premiadas.



Concursos 2024 de Proyecto Eco Eco,
*la iniciativa de Periodistas por el Planeta que une arte y ecología,
tuvo más de 600 participantes.*

*En todas las disciplinas galardonadas, el eje temático fue el impacto
de la extracción de petróleo y gas: contaminación, cambio climático,
destrucción de territorios y poblaciones.*

JURADXS

Gabriela Borrelli, Gabriela Bejerman y Marico Carmon
en la categoría Poesía.

Gabriela Cabezón Cámara, Dolores Reyes y Michel Nieva
en la categoría Cuento.

Rodrigo Abd, Pablo Piovano y Rubén Digilio
en la categoría Fotocrónica.

POESÍA

En la categoría POESÍA, el juradx conformado por Gabriela Borrelli, Gabriela Bejerman y Marico Carmon otorgó el primer premio a Francisco Castro Videla por su obra *Megaproyecto Vaca Muerta: Oda-informe de Externalidades*. El segundo premio fue para Romina Olivero por *Oda a la indeterminación*, mientras que Alberto Rodolfo Tasso recibió el tercer premio por *Memoria del durmiente*. Además, se otorgaron menciones especiales a Ariel Fernández por *Manchas negras* y a Mirna Foglia por *Escuchen a los de abajo*.



Concursos Eco Eco 2024 | POESÍA

PRIMER PREMIO

Nicodemo | Francisco Castro Videla
Obra: *Megaproyecto Vaca Muerta: Oda-informe de Externalidades*

Justificación del juradx:
Un verdadero testimonio poético para despertar sensibilidades.

SEGUNDO PREMIO

Ro | Romina Olivero
Obra: *Oda a la indeterminación*

Justificación del juradx:
Una reflexión profunda que construye energía poética para preservar la ilusión de un final sin final.

TERCER PREMIO

Jordán Yleret | Alberto Rodolfo Tasso
Obra: *Memoria del durmiente*

Justificación del juradx:
Un viaje que nos sumerge en una melodía que sentimos conocida.

MENCIONES ESPECIALES:

Ariel Fernández Aquiles
Obra: *Manchas negras*

Mirna López
Obra: *Escuchen a los de abajo*

PRIMER PREMIO

MEGAPROYECTO VACA MUERTA:

Oda-informe de Externalidades

Nicodemo

*I dare your reality, I challenge your very
being! I publish your cause and effect!*

Allen Ginsberg

Querido contribuyente

¡hemos nacionalizado las emisiones!

¡hemos empoderado el shale oil y el shale gas!

¡hemos fertilizado el desierto!

alce su shot de flowback

¡fondo blanco!

¡por una, dos, tres...

muchas Pampas!

ahh, acérquese

aquí la mañana huele a trimetilbenceno

la tierra enternece con cloruro de amonio

se despabila a puro meta metanol nomás

respire hondo

¿lo huele?

es ese yo-qué-sé que cuelga del aire

ese heavy aromatic petroleum naphtha

con sus atardeceres color naftaleno

y sus noches color sulfonato

y cada tanto...

¡una hermosa sismicidad!

querido contribuyente, créame

es como un sueño ver el upstream

lleno de aceites y lubricantes

fondos de tanque y PCBS

¡patriando!

¡todos esos barriles criollos!

¡ahijuna!

¡gas libre!

¡libertad! ¡libertad! ¡libertad!

ahh quisiera que usted pudiera

sentir sobre su propia piel

esta piel de gallina

las mantas oleofílicas

impregnadas de hidrocarburos

¡cómo cosquillean!

escuche contribuyente

¿escucha eso?

vitorean desde Añelo y Allen

gritan desde Huincul y Cutral Co

les tiemblan las voces de tanto temblar

¡más de 4 grados!

¡mírelos! ¡sus caritas negras!

tienen lágrimas de Diesel 2 en los ojos

¡piden más! ¡más! ¡y más fuerte!

¡hagan parir al desierto otra deformidad!

veamos, ¿cuántos terneros muertos

podremos parirle a la vaca muerta?

pozo tras pozo tras pozo

en su carcasa de polvo

pero, a no preocuparse contribuyente

no me ponga esa cara de cuarzo

esta vaca es de las felices

nada se escapa de nuestro control

nada se le escapa a la EIA

ni contaminación ni afectación

ni aditivos ni residuos

cante conmigo:

¡Eia! ¡Eia! ¡Eia!

así es
nosotros respetamos
a nuestras comunidades originarias
cantamos cual pehuenches:
¡Inai! ¡Inai! ¡Inai!

querido contribuyente
no piense en impacto
piense en DESARROLLO
piense lo que podríamos hacer
con 1.000.000 m3 de recortes
y 400.000 m3 de lodos de perforación

¡por uno, dos, tres...

muchos Puerto Maderos!

es nuestro boleto de regreso al mundo
el mundo que viene a sacudirnos la...
mano

¿no es así, muchachos?

[Mr. Wintershall y Mr. Pluspetrol
Mr. Tecpetrol y Mr. Americas Petrogas:]

*for he's a jolly good fellow
for he's a jolly good fellow
for he's a jolly good fellow
and so say all of us!*

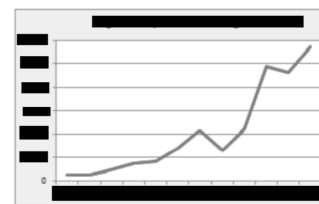
y aquí viene un humilde obrero
un fuerte y orgulloso y altivo
y MUY IMPREVISTO obrero
dice ser de La Amarga Chica
a ver qué tiene para decirnos
hable, recurso finito:



oh
qué lástima contribuyente
esa maldita interferencia
¡se lo llevan entre abrazos!
¡cheers! ¡gracias por su servicio!

rápido, querido contribuyente
mire este gráfico

¡TRAIGAN LA FILMINA!



venga, venga
¡no se preocupe usted por nimiedades!
solo mire esa gloriosa flecha

esas cumbres olímpicas, aconcagüicas
por esa flecha nos deslomamos día y noche
por esa flecha
ella es nuestro futuro, ella es...

[se atraganta emocionado]

ella es el futuro de la patria
contribuyente...

¿otra copita de flowback?

SEGUNDO PREMIO

oda a la indeterminación

Romina Olivero

nadie quiere nombrarte indeterminación
nadie te escribe una oda celebratoria
queremos lo resuelto liberarnos de las cavilaciones que fracturan las
mañanas ambiguas del sur
están intoxicadas de preguntas refunfuño y rabieta
exhalan aire helado el humo de todo lo aspirado en una vida completa
podrían ser dos tres diez
pero es una sola

en la vigilia de metálicas cigüeñas
cerca ay demasiado cerca
del dedo índice más pequeño de la escuela que señala el incesante sombrío
picoteo
una maestra mira y teme

ahí afuera se proyecta la aburrida película del torpedo explosivo
en hidráulica succión
es un parque de pájaros obsesionados
con encontrar en glotón anhelo el desamparo de la napa

en contraste de lívido guardapolvo las niñas aletean su paisaje desde el
patio
cuentan camiones cada día más nuevos y otros y más
averiguan el idioma de sus letras pintadas
los verbos en dibujo grafito detonan la porosidad de sus lenguas

las maestras del chañar son inyectadas a diario con aguas de cualquier
extranjería
viven en un babel lingüístico adaptan sus planificaciones a numerosos
dialectos
las estudiantes bien conocen la palabra extracción y se les enseña el
ciclo del agua

cuidar cada gota cerrar bien las canillas avisar si es que hay alguna
pérdida

hay
una

pérdida

ay indeterminación

regar la huertita en austeridad consciente acariciar este globo azul
no todo se evapora no todo cambia de estado
la fractura derrota cualquier ronda del patio
hunde en un pozo amistades sujetas al traslado
y detona para romper la roca circundante de la imprecisión

en el nocturno rechinar de sus maxilares las maestras sueñan
imaginarios desenlaces posibles:

uno - se deshace el nudo que hace estallar la piedra y el mañana es una
égloga pastoril las aves tienen plumas multicolores verdaderas un
explícito sinfín de fuerzas tintineantes no pican el suelo no perforan la
herida disfrutan el ventoso cielo rosado y el dedo más chiquito de la
escuela señala y sonríe

dos - las nenas desarrollan branquias volvemos al mar convocamos a
todos los peces reventamos el atlántico ahogamos no queda nada
ni la farsa del ciclo del agua la de noé pero sin barco
flota la cartulina

tres – una red con esta furia

vaguedad imprecisión vacilación todo lo que exprese lo indeterminado
esto no es lineal
no resuelve no define
abris indeterminación una ilusión en la voz que te canta esta oda

¿es una reacción la poesía?

si se extrae la refulgente cáscara y se penetra hasta su centro

¿aúlla?

punza la pregunta una materia de dudoso misterio
provoca descontento

y eso también es energía que se está generando.

Memoria del durmiente

Jordán Yleret

Quebracho soy, y te hablo desde abajo,
muy corazón adentro de la tierra,
donde nací, y nazco todavía
para decir que estoy, válgame vida,
sosteniendo pasados y futuros.
Crece a mi alrededor la flor que llaman
de jabí, no olvides ese nombre
pues ella luce junto al riel desierto.
Tengo un yugo de fierro en el pescuezo
en la cerviz clavada la mordaza
para que no hable. Pero estoy despierto
aunque me vean dormido los que pasan.
Recuerdos tengo, y te los digo ahora.
Abarca siglos el perfil altivo
de mis abuelos y los que hubo antes,
somos familia, clan, especie, tribu
que pobló esta llanura desmedida
de poca lluvia y sol, eso era todo.
Nos criamos al calor, con lo que había.
Dimos sombra y tejimos como hermanos
una red que comprende las naciones
de todo el chaco sudamericano.

Anoto que nací en Urutaú
el ave que también llaman Kakuy
y sabe todo ver cuando es de noche
y te lo cuenta como un llanto oscuro
no sé si del pasado o del futuro.
Habitaban mis ramas los jilgueros
y con el quetuví conversé un día
antes que un águila coronó mi copa.
De un largo viaje dijo que venía.
Supe del hombre cundo me sangraron
para saciar su hambre de tanino.
Claro que me dolió, más seguí vivo.
A los ochenta, joven todavía
llegó el momento en el que les servía
para postes y vigas y traviesas.

No me duele que un hacha les quebré.
La cargaron a cuenta del obraje.
Dos mulas me llevaron en la zorra
hasta la mesa del aserradero.
Descuartizado fui, como Atahualpa
y este que soy, un fémur del que antes
un cuerpo tuvo con airosa estampa
hoy sostiene una vía de la pampa.
Esta es mi vida pública y la cuento
solo por la memoria que la anima

Pero tengo un secreto: sé flechar.
El que destruye el monte es mi enemigo.

Manchas negras

Ariel Fernández Aquiles

Me levanto y encuentro el mameluco de mi padre
que cuelga de una silla que quedó sola
en medio de la cocina.
Él ya no está y me pregunto si sabía lo que hacía.
Quizás sí y por eso se despidió tantas veces.
Porque hay que comer m`ijo me decía
mientras se ponía el mameluco y salía.
Y es por eso que pasamos de comer pan duro
a platos que rebasaban calor,
y porque estábamos solos
y había que comer
es que se calzaba orgulloso su mameluco.
Pero el mameluco se fue llenando de manchas negras
y ya no protegió el cuerpo de mi viejo
y un mameluco tampoco protege nada
porque hay que comer es que se usa nomás,

se usa lleno de manchas negras y todo.
Sin mameluco hay manchas negras igual
porque hay que comer
y las manchas negras ahora
son el paisaje
y los ríos y los árboles ahora
son manchas negras también.
Porque hay que comer decía mi viejo
mientras se ponía el mameluco
que hoy cuelga de una silla solitaria.
Porque había que comer es que salía
y su cuerpo colgaba de un pozo
que explotaba de manchas negras,
porque había que comer
y adentrarse al futuro
y ponerse el mameluco
y darle con las bombas de varilla

y las bombas eléctricas
y cavar más profundo
y meterle al taladro

y que haya cada vez más futuro
y comida
y manchas negras por todas partes.
Porque hay que comer me decía
cada vez que se ponía el mameluco
y se sacaba un poco de vida del cuerpo
y le sacaba el color al pueblo
que festejaba el valor de las manchas negras
que eran promesa de futuro
y dejaban todo negro
incluso el mameluco de mi viejo
que hoy
cuelga lleno de manchas negras
en una silla solitaria.

Escuchen a los de abajo

Mirna López

estruendos hubo en el bosque
recaliente estaba el agua
los corales expulsaron
las algas verdes las rojas
tapándose los oídos
murieron en un suspiro
jacobito cachito
y el pez payaso
mis primos

blanqueados los arrecifes
el oxígeno faltaba
el océano estaba ácido
las esponjas daban pena
entre la caca vertida
y el plástico sobrenadando
humildes hombres costeros
recordaban las faenas
en redes de pescadores
lenguado

bonito
róbalo
tiempos benditos de antaño

*cuando las bestias se acercan
hombres de frac y galera
corriendo tras el dinero
se llevan puesto el vivero
pasto verde hierba fresca
no hay barbudo que se salve
ni camarón que soporte
ese ruido insoportable
de los cañones de aire*

mi hogar en el arrecife
estaba en peligro de muerte
un pargo me comentó
en el sur no hace tanto frío

cansado de los desplantes
de los necios gobernantes
hablé con toda mi prole
y aleteando a toda marcha
abandonamos los mares
cálidos ancestrales
de Trinidad y de Guyana

después de andar varios meses
llegamos a Mar del Plata
una ciudad muy bonita
de enormes acantilados
aunque siempre había niebla
debido al cambio climático
el mar no se congelaba
pronto nos adaptamos
a los vientos del invierno
además en el verano
disfrutábamos la fiesta
niños acarreado arena
palas paletas y tablas
bien cerquita de la costa
nosotros los peces vela
allá en el fondo jugábamos
a la escondida y rayuela

*ondas sísmicas ondas de choque
explosiones submarinas
recorren miles de millas
con la inyección de los químicos
para fracturar las rocas
y el taladro a toda marcha*

tanto jodieron a Gaia
que sin aviso atacó
las fallas bajo la tierra
se movieron con violencia
terremoto en Oklahoma
más de trescientos temblores
rodeando los pozos off shore
Francia Alemania Suiza
y la República Checa

Canadá Londres España
cagados entre las patas
prohibieron a las empresas
sacar más sellos de roca
del entrampado de gas

al cabo de cinco años
a los que echaron del norte
hombres de frac y galera
los trajeron en aviones
a vivir en nuestra casa
con la excusa del progreso
y de ganar mucha plata

*una estafa gritó el pueblo
el gas que sale del lecho
no tiene valor local
basta de ser esclavos
exportando para otros
tenemos hoyos cerrados
que ya están presurizados
podemos craquear acá*

después de escuchar un rato
la asamblea de mar libre
me reuní con los moluscos
las anchoítas del plancton
al calamar reticente
(por miedo a que me lo coma)
lo convenció un cornalito
estábamos acalorados
planteando mil soluciones
cuando a lo lejos oímos
un ruido ensordecedor
al vernos desorientados
una ballena azul se acercó

tengo un lugar escondido
sin los disparos constantes
porque ahí ellos no pueden
perforar bajo la tierra
ni derramar sus miserias

otra vez hice las maletas
con desazón y tristeza
pero al pasar por un foso
les pegué en la chimenea
cerca de la flama ardiente
una nota contundente

tengan cuidado muchachos
no le den la lata a Gaia
a la corta
o
a la larga
antes de morir los mata

CUENTO

En la categoría CUENTO, lxs juradxs Gabriela Cabezón Cámara, Dolores Reyes y Michel Nieva seleccionaron como ganadora a María Cristina Herrera por *Justicia*. Lara Sade obtuvo el segundo galardón por *Un corte de pelo*, y Marcelo Álvaro Vallejos ocupó el tercer lugar con *Último recurso*.

Por otra parte, Marcos Martines recibió una mención especial por su obra *Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón*.



Concursos Eco Eco 2024 | CUENTO

PRIMER PREMIO

Maria Cristina Herrera
Cuento: *Justicia*

Un cuento que entrelaza eventos ocurridos en distintos lugares de Neuquén, abordando la explotación de recursos naturales y sus consecuencias

SEGUNDO PREMIO

Lara Sade
Cuento: *Un corte de pelo*

Una chica se enamora en una comunidad al borde de un pueblo petrolero

TERCER PREMIO

Marcelo Álvaro Vallejos
Cuento: *Último recurso*

En un futuro distópico, un centinela en una planta de fracking, se une a los “invasores” para desviar un acuífero.

MENTIÓN ESPECIAL

Marcos Martínez
Cuento: *Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón*

Un tren cargado de carbón pasa por el asentamiento. Los vecinos tienen frío, la policía está del lado del progreso. Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón manchados de sangre pasan por el asentamiento.

Justicia

Cristina Herrera

Fue un veintiocho de enero, lo recuerdo porque fue el día de más calor en el pueblo. Las jornadas tórridas se venían sucediendo desde hace tiempo, a cada paso que se daba se observaba la impronta del suceso. El calor se palpaba en todos los rincones, no importaba donde se dirigiese la mirada –su huella estaba impresa– ya fuera que atinaras a posarla en los campos desérticos, en los jardines mustios de las humildes viviendas o bien en algún poblador; ellos también estaban doblegados por las circunstancias, era como que todo iba camino a marchitarse.

Lo recuerdo vívidamente, aunque entonces era un niño. Sabía muchas cosas, por mis mayores, porque escuchaba sus comentarios. A mí me parecía que ellos tenían el cuerpo en el presente y el corazón atrapado en un pasado al que no querían dejar. Comentaban que años atrás existió un río que era el disfrute de todos y que desapareció, que tenían huertas y que nunca pensaron que la gran alameda dejaría de existir, que la vida era distinta. También decían que un poco más allá del pueblo había una cárcel –penitenciaria la nombraba mi abuelo cuando acertaba a responder a alguna de mis preguntas–. En ese entonces no les creía que el río hubiese existido y me imaginaba al edificio de la cárcel como un gran horno donde había personas asándose de tanto calor.

Por las tardes cuando una leve brisa traía alivio, los vecinos retornaban –quizá por inercia– a sus antiguas costumbres: conversaban sobre lo acontecido en el día.

En realidad, el pueblo era pequeño todos se conocían y estaban unidos por algún grado de afecto. Entonces brotaban los recuerdos, los buenos y los no tanto. Hacían memoria de cuando empezaron a escuchar sobre el mega proyecto, el que solucionaría los problemas del país; yo escuchaba y no podía imaginarme cómo una vaca muerta salvaría al país, mis preguntas nunca tuvieron respuestas. Una vaca muerta, por lo que yo sé es un cadáver, por lo tanto, se llenará de gusanos y el viento terminará por cubrirla con arena hasta hacerla desaparecer de la vista.

La cuestión fue que los viejos siempre creyeron que esas ideas

quedarían flotando por ahí. Pero no fue así, los tentáculos del monstruo que se devoraría al río se tornaron en realidad y los buenos tiempos en evocaciones de cuando trabajaban la tierra desde el amanecer, de cuando el río devenía en canales de riego para alimentar los cultivos, de cuando el agua los convocaba a la pesca, al disfrute, a los chapuzones después del trabajo intenso, a refrescarse como niños, junto a los niños, –era lo que más extrañaban–. Y la feria, ese evento tan esperado, el encuentro con los otros, con las comunidades cercanas; entonces florecían los afectos. Al fin de la jornada, cuando atinaban a asomarse las primeras estrellas, el fogón era un llamado a compartir alimento y la guitarra que siempre estaba y alguna danza... Ya nada de eso existía, todo parecía tan lejano y, sin embargo, no habían pasado tantos años.

Los que se habían ido estaban siempre presentes en los decires, los jóvenes: el Juancho, Oscarcito, el paraguayo, los gemelos, Ricardito... Cada uno era una pequeña herida en el cuerpo de ese pueblo. Ellos fueron captados para la gran obra construida río arriba, la represa, parece que ella se los tragó a la par que al pueblo lo dejó sin agua.

Cuánto cambió la vida desde entonces. Al principio los muchos venían cada tanto y contaban, todo era novedad en sus voces, todo los deslumbraba, era como que habían encontrado una vida nueva, más allá, más cerca de la ciudad. Poco a poco sus visitas se fueron tornando espaciadas y casi por compromiso, hasta que se los dejó de ver... al agua también la dejaron de ver, tanto que los niños llegamos a creer que el río nunca había existido, que todas eran historias que imaginaban los viejos, quizá producto del calor. Había que verlos en su desolación, uno no sabía si era la tristeza por la partida de los muchachos, o la añoranza por tiempos más prósperos. Parecía como que ya no estaban aquí, que no eran parte de este mundo; sólo su mirada daba muestras de seguir estando. Por lo general se los veía sentados en los pórticos, debajo de algún alero o alguna sombra inventada con lo que hubiera a mano, ahí se dejaban estar escudriñando la lejanía. Yo los observaba desde mi escondite y me preguntaba: ¿qué cosas verían para estar tanto tiempo quietos sin aburrirse, sin querer salir a caminar si quiera.

Lo único que rompía la monotonía del lugar era el silbido de la locomotora del tren que, muy de vez en cuando atravesaba el espacio. No, no se detenía, solo era un saludo, nos sabían muy solos, además quién iba a bajarse allí. Los pibes del pueblo a veces nos apostábamos a su paso, ocultos entre los médanos y los matorrales, desde ahí lan-

zábamos piedras a la gran mole, apostábamos para ver quién podía acertarle... no hacíamos daño a nadie, porque no eran vagones con pasajeros sino grandes tanques oscuros transportando algo “nuestras riquezas se llevan”, decían los viejos.

Pero ese día, veintiocho de enero –el de más calor– la sorpresa fue general: el tren frenó y fue parando despacito, despacito, hasta detenerse más allá de la salida del pueblo. Todos quedamos sorprendidos y juntando nuestras manos nos hacíamos sombra en los ojos para poder ver un poco más lejos y descubrir que pasaba. Todos vimos descender a alguien, aunque estábamos algo lejos, fue así. Y cuando todos supusimos que él viajero encaminaría sus pasos hacia el pueblo, no lo hizo. El tren retomó su marcha y vimos a la lejana silueta cargando un bulto –quizá una mochila– en su espalda, avanzando en dirección contraria al pueblo. ¿A dónde iría? Vaya incógnita, quizá a la penitenciaría, aunque estaba distante varios kilómetros. La silueta se perdió en la distancia y en las sombras, el sol también partía.

Este suceso fue útil para sacudir la modorra del pueblo, renovar las conversaciones y elucubrar un sinnúmero de suposiciones, hasta llegamos a apostar que cualquier tarde de esas el extraño ingresaría al pueblo y nos revelaría el porqué de su presencia. Tanto se charló del tema que quedó agotado, perdió interés y cayó en el olvido.

En el pueblo el tiempo transcurría con lentitud y parsimonia, en tanto los rayos del sol seguían sin pausa en su dureza. Si hasta nos amigamos con las lagartijas, queriendo descubrir cómo hacían ellas para soportar el calor. En eso estábamos una tarde cuando el cielo empezó a oscurecerse, cosa extraña por estos lugares, y tanto se oscureció que asustados corrimos a las casas. Los adultos anunciaban y preguntaban a la vez ¿se viene la tormenta?! Para los pibes era novedad, si había llovido alguna vez, no lo recordábamos. Un concierto de truenos y reflejos de relámpagos precedió al agua y fue tanto el alboroto que llegó a asustarnos.

Corrí a refugiarme en mi cama, hecho un ovillo temblaba, no sabía de tormentas ni de truenos tan fuertes y entonces pensé en Juancho; yo sabía que estaba preso, se lo oí decir alguna vez al abuelo. ¿Estaría él mirando por el ventanuco que dicen tienen las celdas, estaría sintiendo la tormenta desde ahí, vería al cielo tan cambiado como yo lo veía...?

El trueno más grande pareció hacer temblar la tierra, corrí a abrazar a mamá que acurrucaba a mis otros dos hermanos. Justo en ese momento el estruendo fue mayúsculo, hasta los adultos temieron.

Y el agua corrió y corrió por dos o tres días. Cuando se apaciguó, el paisaje había cambiado, todo era distinto ¡como antes! –decían los mayores–. Conocimos al río, nos deslumbró y, en verdad, todo fue distinto.

Las costumbres del pueblo siguieron estando, las conversaciones al final del día y las nuevas historias que ahora rodaban. Parecía ser que los viejos habían dejado a un costado las penas, ahora se los veía llenos de esperanzas y con una actitud de orgullo, el agua les devolvió lo que les habían robado.

Se contaba que aquel viajero, el que había bajado del tren el día veintiocho de enero, el día de más calor en el pueblo, era el Oscarcito. También dicen que, caminando, caminado llegó a la penitenciaría, rescató al Juancho y juntos liberaron al río... No sé cómo hicieron. Sí sé que la alegría volvió al pueblo y los viejos ya no estuvieron quietos en los portales esperando que la muerte se los lleve, ahora jugaban en el río con los niños, como niños.

Un corte de pelo

Lara Sade

En la comunidad, los cortes de pelo son programados. Nos reunimos en asamblea, discutimos los temas necesarios, y después recolectamos. Desde hace algunos años, las tijeras se volvieron casi un objeto de adoración. El día del corte, las limpiamos, las afilamos, y las dejamos reposar unas horas a orillas del lago. Es nuestra manera de pedir lo que queremos. No es lo mismo realizar los cortes antes del mediodía que a la hora de la siesta, o por la noche, bajo la luz de las estrellas. Queremos que el pelo vuelva a crecer lo más rápido posible: es importante aprovechar el cuarto de luna creciente. De vez en cuando, un derrame nos obliga a romper ese ritual. Lo urgente es más importante que lo que es importante y nada más. Pero, a la larga, no conviene: si el pelo tarda en crecer, no vamos a estar preparadas para el siguiente derrame.

Cuando hay un derrame, hay que actuar en los primeros cinco días. Actuar se convierte en algo urgente e importante.

Cuando era chica, mi papá tomó un curso de planificación y eficacia, y ahí aprendió –y aprendí yo también– lo de la importancia y la urgencia. Lo urgente no tiene que comerse a lo importante. Hay que saber diferenciar entre ambas condiciones, ver cuándo se superponen. Urgente-Importante le gana a No Urgente-No Importante. Esa es una obviedad. Pero en el medio están los grises, casos que obligan a analizar la línea de acción a seguir, las prioridades. Tener reservas de pelo es importante. Atender a un cauquén inmovilizado por el derrame es urgente. La comunidad todavía está buscando organizarse de la mejor manera posible porque el pelo nunca alcanza.

En la última asamblea, noté que Yuni, una de las chicas más jóvenes, tiene el pelo largo, larguísimo. Le llega hasta debajo de la cadera. Recibe algunas miradas reprobatorias, pero ella sigue como si nada. Lo porta con gracia, con altura. Por tener el pelo largo, no me genera deseo. También sus piernas son largas, y usa short aún cuando la temperatura ronda los diez o doce grados.

Quizás el pelo le funcione como abrigo – no para las piernas, pero sí para la espalda.

Creo que es preciso explayarme sobre la cuestión del largo del pelo y el deseo.

Siempre me gustaron las chicas de pelo corto. Cuando era una niña, antes de mudarme a la comunidad, veía un videoclip en la tele que mostraba a un hombre en una cárcel. Era una canción algo deprimente, en inglés. Las imágenes en tonos azules contrastaban con el traje naranja que portaba el hombre. Entonces, aparecía una mujer negra, una famosa actriz norteamericana, que iba a visitarlo.

Ella tenía el pelo corto, cortísimo, con pequeños rizos marrones que enmarcaban su frente. Sus rasgos destacaban de una manera que el pelo largo hubiera opacado. Me parecía muy hermosa. En ese momento, yo no sabía que eso que sentía era deseo; o tal vez no lo era, y se limitaba a ser apreciación de belleza.

En la comunidad, entendemos la necesidad de aportar nuestras hebras de cabello para colaborar con la naturaleza. Decirles hebras de cabello esconde una cuestión fundamental de proporción: en realidad, el pelo sirve cuando es mucho, cuando lo podemos pesar y conseguimos tandas de cinco o seis kilos por lo menos. Solo raras veces –Yuni parece encarnar una de ellas– alguien se opone. Aparece un deseo individual por encima del bienestar colectivo: querer preservar el pelo largo, probablemente por motivos estéticos, en lugar de cederlo al lago. Entonces, ¿cómo me va a generar deseo una persona así? Egoísta, vanidosa. Sumada a mi preferencia por el pelo corto, Yuni me despertó algo más que indiferencia: me generó una leve sensación de rechazo. Sin embargo, nadie le dice nada por su egoísmo o su vanidad. Ese es el pacto de esta comunidad: permitir que cada individuo actúe libremente. Menos mal que la libertad que elegimos las demás es una libertad solidaria.

Mi amiga Cra dice que Yuni no es egoísta sino reivindicativa. No sé que quiere decir con eso. Me lo dice en voz baja, mientras los debates en la asamblea suben de volumen. Le pido que se explaye, pensando en las largas piernas morenas de Yuni, en su cabello balanceándose hacia un lado y otro a medida que ella camina o argumenta algo con vehemencia. Parece que Yuni quiere iniciar un movimiento de puesta en valor del cabello. Le digo a Cra que todas conocemos el valor de nuestro cabello, es un valor directamente ligado al de su potencia para limpiar el agua. Las fibras del pelo repelen el agua, pero mantienen adheridas las partículas de petróleo. Por eso las trenzamos, las aplastamos, las compactamos, las convertimos en alfombras, en esponjas que luego lanzamos al lago cada vez que hay un derrame.

Los derrames suceden cada vez más seguido: no hay crecimen-

to de cabello comunitario que alcance. La asamblea de hoy tiene dos temas: uno es urgente e importante, el último derrame. Sucedió hace dos días. El segundo tema es importante, no urgente: la insuficiencia a largo plazo de reservas de cabello.

Algunos integrantes de la comunidad proponen aumentar la población. A medida que los nacimientos se multipliquen y esos niños y niñas crezcan, tendremos más cabello a disposición. Otros sugieren esquilarse a perros y gatos, los únicos animales que hasta ahora vienen resguardando su pelaje. Pero, ¿qué culpa tienen ellos? ¿Por qué les sacáramos su capa protectora de infecciones, reguladora de temperatura? ¿Por qué su especie debería pagar por lo que hace la nuestra?

Es ahí donde Yuni se pone reivindicativa. Es verdad, es nuestra especie, pero no es nuestra comunidad la responsable de esos derrames. Ni de los masivos, supuestamente accidentales, ocasionados por trabajadores inoperantes o por fallas técnicas en el traslado del petróleo; ni de los permanentes, a pequeña escala pero igual de dañinos por su frecuencia: los residuos que dejan los vehículos acuáticos con los que ellos pasean en el lago y en los ríos cada fin de semana. De acuerdo a Yuni, nosotros no deberíamos aportar nuestro cabello, sino que deberían ser ellos quienes lo hagan.

En la comunidad, evitamos nombrarlos. Sabemos que son los responsables de casi todo lo que afecta a la tierra. Pero sabemos también que debemos resistir, y la mejor manera de hacerlo es tomar cada una de sus acciones como si viniera de una fuerza superior –¿lo es, lo son?–, algo que no podemos cambiar sino tan solo limitarnos a atenuar sus consecuencias. Si los molestamos, si los enfrentamos directamente, ellos se agrandan. Golpean con más fuerza.

Para Yuni –según me dice mi amiga Cra al oído, ya que Yuni jamás haría declaraciones tan explícitas en una asamblea–, este pacifismo de la comunidad es una debilidad y puede llegar a costarnos la supervivencia. Es pan para hoy y hambre para mañana. Ante mi mirada de desacuerdo, Cra intenta usar mis conceptos favoritos para explicarme la teoría de Yuni. Si desde la comunidad actuamos como si ellos no existieran, si siempre estamos atendiendo las consecuencias de los desastres que provocan –un día es un derrame al que hay que acudir con todo el pelo posible, otro día es un temblor en la tierra provocado por las masivas torres de extracción, y entonces hay que contener animales que pierden sus guaridas, crías que quedan huérfanas, cuerpos que sacamos del agua inmovilizados por parches negros–, si la comu-

nidad se limita a ejercer cuidados paliativos sobre el terreno dañado, entonces estamos siempre atendiendo a lo urgente, y nunca llegamos a lo importante.

Desearía que Cra no lo hubiera puesto en esos términos. Ahora no es un asunto que pueda ignorar. Me acerco a Yuni al final de la asamblea. Todavía tiene las mejillas y los ojos brillantes después del debate acalorado. Pienso que mi deseo bien podría cambiar, que si no lo tomara como un rasgo egoísta podría tranquilamente hundir mis manos en su pelo negro. Le digo que lo urgente no debería devorar a lo importante. Que el último derrame fue más grande, las algas lo resienten, los peces lo resienten, las aves lo resienten. Nuestro pelo no alcanza. Mucho menos si hay quienes se niegan a otorgar el propio. Esto último lo digo en voz muy baja, mirándola a los ojos.

Apenas lo digo, me arrepiento: utilizar la culpa no es propio de los códigos de comunicación de la comunidad. Esos códigos fueron establecidos cuando las peleas internas estaban debilitando los lazos fraternales, haciendo la comunidad más propensa a ataques de afuera. La sinceridad fue reemplazada paulatinamente por una serie de protocolos, silencios, aceptaciones tácitas de las opiniones ajenas. La manipulación, que según cuentan las Antiguas solía dar inicio a una escalada verbal y no verbal de reproches y enojos, que llevaba luego a deserciones de la comunidad, se volvió prohibida. La comunidad no ejerce prohibiciones a la manera de ellos. No hay castigos. Solo se aplica una indiferencia contundente ante algo que se considera corrosivo. Un cambio de tema. Un silencio.

Algunos saben que yo antes pertenecía a ellos. Fui recibida de buen modo en la comunidad, también hice todo lo posible para adaptarme. Doné mi cabello apenas pude, en el primer cuarto creciente que coincidió con un derrame. Quería mostrar mi nuevo sentido de pertenencia. Y creo que también quería ver si el pelo corto me quedaba bien, me hacía linda como aquellas a las que yo deseaba desde niña. Llevo la cabeza casi rapada desde entonces. Esa es mi entrega.

También me sumé a los equipos de recolección de pelo comunitario, tanto humano como animal, y más tarde a los de confección de las alfombras de pelo.

A veces integro los equipos de la otra recolección, la del petróleo. Me gusta mirar cómo las alfombras se inflan dentro del agua, y se vuelven pesadas a medida que el petróleo se adhiere a su superficie, rescatarlas antes de que se hundan, trasladarlas hasta los piletones

que tenemos repletos de bacterias listas para devorar el petróleo. Por cada kilo de pelo, se absorben unos ocho o nueve litros de petróleo. A veces, ese número me entusiasma, pienso que vamos a lograr que el agua del lago vuelva a estar limpia, transparente. Entonces circulan los motores, embarcaciones en las que tanto deseaba viajar cuando vivía con ellos, y asisto a las asambleas, y veo las cabezas de pelo corto a mi alrededor, observo el ritmo lento de crecimiento del cabello, el aceite negro que se dispersa rápido a través del agua. Me desanimo.

Yuni sostiene mi mirada. Soporta el comentario sobre su pelo y su egoísmo. Sabe que me acerqué por otra cosa. Por algo importante. Me acerco un poco más. Ella hunde su nariz en mi cuello, yo detrás de su oreja. Nos olfateamos como perros. Ella me pide que me infiltre en mi antiguo pueblo. Susurra en mi oído su propuesta. Se trata de un concurso de belleza. Las mujeres y las hijas de los petroleros van a participar. Las rubias. Teñidas. Pelo lacio. Planchado. El petróleo no discrimina: se adhiere por igual a cualquier tipo de cabello. Yuni sabe que yo solía trabajar de eso: embellecer rostros, cabelleras, cuerpos. Prepararlos para el escenario. Más tarde, me pasará unas tijeras afiladas envueltas en una toalla. Una bolsa de tela preparada para juntar el pelo de por lo menos veinte personas, y algunas cosas más. Toco la piel de las piernas de Yuni: la tibieza que emana contrasta con mis manos frías. Quiero explicarle que no es tan sencillo. Que en el mundo de ellos, hay reglas. Yo no puedo aparecer en el concurso como si trabajara ahí – ¿o sí puedo? ¿Fingir que conozco a alguien?

¿Qué soy la asistente que vino de la capital? ¿Y si me reconocen? ¿Cortar el pelo cómo? El efecto de Yuni es embriagador: me dice que yo puedo hacerlo.

Que tiene herramientas que pueden ayudarme. Que esto es importante.

Vuelvo al pueblo. Yuni está bien informada y me facilita la hora y lugar del concurso. Recupero con rapidez mis modos antiguos. No creo mimetizarme a la perfección con ellos, pero al menos lo intento. Entro con confianza, soy la asistente que viene a hacer pelo y maquillaje, ¿dónde puedo ubicarme? Los petroleros, ya ocupando las mesas de plástico en el gran predio municipal al aire libre, tienen prohibido el consumo de alcohol en días de semana. Hoy es domingo. Es el día número cuatro desde el último derrame. Ninguno de los hombres está del todo lúcido como para preguntarse por mi presencia.

Cuando entro al vestuario donde las chicas se preparan, hablo

con la suficiente autoridad y dulzura para que me crean. Como si este fuera un día como cualquier otro de esos que dejé atrás. Se sorprenden: creían que cada una iba a tener que prepararse a sí misma, como en cada concurso. Pongo música. Despliego mis herramientas sobre la mesa.

La comunidad tiene su propia leyenda. Las niñas la cuentan mientras sumergen las alfombras en el agua y las levantan pesadas, oscurecidas. Una criatura mítica habita el lago. Ellos lo llaman un monstruo, pero nosotras sabemos que es una guardiana.

Antaño, la criatura nadaba libremente por las profundidades del lago. De vez en cuando se acercaba a la superficie y dejaba ver sus escamas, que podían confundirse a la distancia con una piedra. Cuentan las Antiguas que podían llegar a nadar con ella si el clima, y su buen humor, lo permitían. Pero eso era antes. Con los sucesivos temblores, el fondo del lago empezó a resquebrajarse. El lagomoto de hace casi siete décadas fue el comienzo. Las extracciones cada vez más profundas de los últimos veinte años intensificaron la grieta. El nivel del agua comenzó a bajar.

La criatura del lago se preocupó: su hogar estaba secándose. El agua escapaba a través de las fisuras. Exploró lo profundo, ahí donde la luz no llega, donde sus ojos apenas podían intuir un relieve, una corriente en fuga hacia el centro de la tierra.

Entonces la guardiana del lago decidió cuál sería su tarea: ocupar con su cuerpo el espacio de la grieta. El costo fue su inmovilidad. Con cada temblor, su cuerpo se incrusta un poco más adentro, ocupa pliegues más profundos para evitar la pérdida del agua.

Todas las concursantes tienen alrededor de dieciocho años. Algunas están acompañadas por sus madres o hermanas. Lo primero es hablar sobre sus ojeras y su piel demasiado brillante, grasienta. Traigo entre mis materiales las almohadillas para ojos que preparó Yuni. Adentro tienen un preparado de hongos y hierbas cuyo poder ignoro. En la comunidad, el conocimiento sobre las propiedades medicinales o alucinógenas de las plantas es ancestral y moderno a la vez. Combina aquellos saberes heredados de las Antiguas, con los aportes de quienes, como yo, venimos de la sociedad de ellos. Por suerte no todas las renegadas son peluqueras. Los aportes de las científicas son más valiosos. Más importantes.

Reparto las almohadillas una por una, invito a las participantes y a sus parientes a colocarlas como antifaces, ajustando los elásticos

alrededor de sus cabezas. Como una animadora de fiestas, les hablo por encima de la música. Vamos chicas, van a quedar divinas, dejen que actúen estas hierbas que con esas ojeras no hay corrector que alcance. Esto que les traje de Europa es desinflamatorio, refrescante, revitalizante. Les dejo también en sus manos el preparado para la piel: una mascarilla oscura, espesa y algo aceitosa que van aplicando a tientos sobre mejillas, nariz, mentón, mientras yo avanzo con el pelo. Vamos lindas, en veinte minutos encaramos esas caritas, vayan pensando que colores quieren para los párpados que tengo unas sombras hermosas, dorado, plateado, verde brillante.

El sistema es simple: antifaz en los ojos, una de mis manos distrae masajeando el pelo como si lo acomodara para peinarlo, la otra se prepara para cortar. Colgando de mi cintura, la bolsa que recolecta. La arenga es fundamental: la mente de las concursantes tiene que estar ocupada a medida que las hierbas ejercen sus efectos.

Mi voz se convierte en un monólogo ininterrumpido. Mientras hablo y acaricio el largo pelo rubio de la primera, la imagino una hora más tarde saliendo al escenario precario de afuera, montado sobre cajones de cerveza, iluminado por la luz de sodio de la calle. Los hombres expectantes. La piel de la concursante cubierta de la mascarilla negra, y el pelo corto, cortísimo, como me gusta a mí.

De repente, lo que estoy por hacer no me parece tan buena idea. Ellos, que se creen dueños de sus mujeres, ahora tendrán que soportar fealdad donde esperan ver belleza. ¿No buscarán venganza? ¿Contra ellas, contra nosotras, contra la comunidad? ¿No es esto, también, pan para hoy y hambre para mañana? Una sensación de vértigo me sacude. Si la tierra se quiebra bajo mis pies, ¿de qué sirve que yo ocupe ese hueco? A decir verdad, yo no soy reivindicativa. Quizás me dejé llevar por una concepción errónea de lo importante. O será que el espíritu de la comunidad me habita y empiezo a sentir que lo estoy traicionando. ¿Puede el espíritu de la comunidad estar más presente en mí, que vengo de ellos, que en Yuni?

Yuni, su pelo negro y sus piernas tibias, una invitación para mis manos. Ya es tarde para arrepentirme.

Preparo mis tijeras. Subo el volumen de la cumbia. Me preparo para hacer algo importante, aunque ya no me parece tan importante. Y empiezo a cortar el pelo.

Último recurso

Marcelo Álvaro Vallejos

1

—Baje la cabeza, capitán. O salga de la ventana —ordenó Vargas. El amarillo contaminado del cielo empezaba a tornarse naranja con la caída del sol. A lo lejos se veían nubes de polvo volcánico que se arremolinaban sobre la superficie plana del desierto de tosca y formaban conos que bailaban haciendo equilibrio sobre su vértice. Después se desvanecían.

—¿Tenés miedo de que te quiten el privilegio? —dijo el capitán.

Vargas no sabía de qué le habla. El capitán se rio con un costado de la boca, pero aceptó la orden, se dio la vuelta y se sentó en el sillón de pana verde que había de espaldas al rectángulo de la ventana. Tenía diez o quince años menos que Vargas. Era alto, usaba el uniforme ajustado al cuerpo, para que se luciera su cuerpo de atleta. Usaba el pelo cortado siempre al ras en los laterales de la cabeza y en la nuca. Era sobrio y prolijo como los hombres de bien.

—¿Qué privilegio? —dijo Vargas.

El capitán cerró la sonrisa de golpe y resopló con cansancio. Miró el cielo raso y después la biblioteca de semivaacía que había atrás de la silla en la que estaba sentado el otro.

—El de volarme la cabeza —dijo con la mirada fija en el arma que Vargas tenía en la mano derecha, apuntando hacia sus piernas.

—No es el plan.

2

El capitán soltó un bufido corto que se parecía al inicio de una risa.

—¿Y entonces cuál es el plan?

Sabía que no iba a contestarle. Y sabía, también, que Vargas necesitaba la clave para abrir el portón de la sala de bombas. Si no lo conseguía, si no me la daba, seguramente harían volar la compuerta, pero eso atraería a los veinte centinelas que vigilaban el pasillo. El venteo de la planta imponía un ruido permanente de refinería, que obligaba a hablar en voz alta.

—Quién hubiera dicho, Varguitas, que te ibas a convertir en un traidor.

No le contestó. Entendía que el capitán quería provocarlo. Decidió permanecer inmóvil, aunque la yema de su índice, sin que se lo hubiera ordenado, acariciaba la superficie del gatillo.

—¿Cuánto te van a pagar por matarme? ¿O te vendiste gratis?

Vargas tenía que mantener la calma. No respondió. Se levantó y se acercó a la ventana. No se veían movimientos en el horizonte. Tierra y tosca. Ni árboles, ni gente.

Solo un aire espeso de polvos, seguramente cargado de arsénico, sobre la superficie. A lo lejos, sobre el basural del lodo de retorno de las perforaciones, se alcanzaba a ver un furtivo movimiento de ratas, algún perro que merodeaba en busca de sobras.

—Mire, capitán, entiendo su juego. Pero no va a funcionar. No se gaste. Yo nací acá cerca, en Bandurria, y entré al Liceo de Defensa cuando no sabía ni leer ni escribir.

—Claro, naciste acá, vos. Morocho como los de la zona.

El color oscuro y los rasgos de tótem, Vargas se los debía a un antepasado tehuelche al que no había conocido ni siquiera por referencias. El capitán era rubio, tenía la piel dorada por la resolana del desierto y la nariz filosa y puntiaguda. Parecía la proa invertida de un barco.

3

—No, capitán. No entiende. Ese es el problema. Yo era un chico. Entré cuando mis padres y mi hermano murieron con el escape del 31. ¿Se acuerda de ese desastre?

Pasó tres años después del apagón informático.

—Fue un accidente. Lamentable.

—Un accidente, sí, ya sé. Eso dijeron. Daño colateral. Los encontré yo. Estaban los tres juntos, en el piso de la cocina, mi hermanito abrazado a la cintura de mi mamá.

Las caras verdosas, las bocas abiertas, como gritando, los ojos secos, duros, asustados.

—Lo estás dramatizando, Vargas. No debieron sentir nada. Se quedan dormidos, dicen.

La voz del capitán era aflautada. Considerando el volumen de su cuerpo debió tener una voz grave, sonora, esmerilante, quizá, y no el tono flaco, acristalado, líquido que tenía.

—Así dijeron, sí, pero no es lo que yo vi. Me salvé porque había ido hasta el abra del Pico Roto a buscar nieve para derretir y me perdí. No encontraba el camino de vuelta.

Tardé dos días. Cuando llegué a casa me topé con ese panorama. No me puedo olvidar.

Ni tiempo de llorar tuve, porque al otro día los del comando de vigilancia me metieron en el Liceo. A los once ya sabía disparar. Después me pasé la vida obedeciendo, apuntando a cosas que se movían alrededor de la planta, gatillando contra las cabezas de invasores que veíamos desde el mirador.

—Antes del lavado de cabeza que te hicieron te importaba mantener la seguridad.

—¿La seguridad de quién, capitán?

—Me asombra la vuelta en el aire que te hicieron dar estos mierdas. Eras buen centinela vos, Varguitas. No muy eficiente, eso es cierto, pero al menos hasta ahora eras confiable. Leal, digamos.

4

Le irritaba que el capitán lo nombrara con el diminutivo. Cada vez que le hablaba como si fuera su padre y él, su hijo díscolo, sentía en el estómago una irrupción de furia que lo desequilibraba. Le hubiera disparado en el medio de la frente. Tuvo que esforzarse para mantener la calma. Respiró hondo y pausado para calmarse. Decidió seguirle la corriente.

—Tengo buena puntería yo, capitán, aunque es cierto que en los últimos tiempos no acertaba. A veces me entraba la duda, sobre todo cuando las cabezas que se movían escondidas en pasamontañas o envueltas en harapos me parecían muy chicas. Ahora no quiero pensar en cantidades, en invasores eliminados. No me hace bien hacer esa cuenta.

—Basta de melodramas, Vargas. Terminala. ¿Por qué no disparás de una vez?

¿Qué estamos haciendo acá encerrados?

—Esperamos, capitán. Eso hacemos.

Vargas se asomó a la ventana otra vez. Miró hacia el oeste. Todavía no se veía ningún movimiento. El cielo se iba volviendo púrpura. Oscurecía despacio. A esa hora y con esta luz, se veía una especie de bruma blanca que la sal y los químicos del agua de retorno dejaban en el aire. Durante el día ese vapor era imperceptible, aunque dejara una costra de salitre sobre las toscas.

—¿No será que no te animás?

Vargas lo miró. El capitán sonrió. Le gustaba sentir que lo provocaba, que lo que decía tenía su efecto.

—Hay tiempo. Además, todavía no me dio la clave. Y la necesito. Pero no se preocupe. Si no me la da, vamos a volar la puerta. La puerta y las máquinas de bombeo.

Puede que yo no salga vivo, pero la vamos a volar igual. ¡Baje la cabeza, carajo!

El capitán mostró fastidio, pero se acomodó en el sillón, desplegó la espalda del respaldo y la volvió a apoyar más abajo, hasta quedar casi con el culo fuera del asiento.

5

Se cruzó de piernas. Un cruce rudo, amplio, varonil, para mostrar que no le temía, queacataba solo porque le estaba apuntando con un arma.

—No cuenten conmigo para destruir la planta —dijo el capitán y, exaltado, se removió en el sillón—. ¿Qué ganan destruyendo?

El venteo sonoro adormecía. Nunca terminaban de acostumbrarse al atontamiento que producía. Esas pulsaciones iban alterando los nervios, sobre todo si se estaba quieto, que era cuando el latido empezaba no a escucharse, sino a sentirse.

—¿Lo alarma la destrucción, capitán? Qué curioso. ¿Qué es lo que ve ahí afuera?

—Progreso veo, Vargas. Esas tuberías que tuvimos que enterrar seis metros bajo tierra para que no las pudieran boicotear tus amigos, llevan vida a millones de familias que dependen de lo que mandamos de acá. ¿O no te das cuenta? No sé qué pretenden.

Quieren volver a la edad de piedra.

A Vargas le dio risa. Todavía necesitaba la clave. Carraspeó. Le costaba creer que el capitán tuviera una mirada tan cándida del mundo.

—Ya viven en la edad de piedra, capitán —dijo.

—No te hagas el pelotudo, Vargas. Estos terroristas serán quinientos tipos. Mil, siendo generosos. Sobre la costa hay ciudades con millones y millones de personas. ¿Qué es lo que no entendés? Yo te estoy hablando de millones, te estoy hablando de industrias, de calefacción, de fábricas, de energía. No, si lo que quieren es hacer mierda al país.

En ese momento se sintió en los pies el temblor que producía la inyección de la torre de perforación norte. Era como un sismo que se sentía a lapsos regulares en las suelas. Un temblor más o menos controlado que hacía vibrar las mamposterías de durlock de la oficina del capitán. Una vibración que se incrementaba cuando la presión crecía y, un rato después, se sentía el golpe de la fractura.

6

—¿Y dónde termina ese país que quieren hacer mierda, capitán? Porque hasta acá no llega.

—Acá no nos falta nada, Vargas. Nunca nos faltó. En esta planta hay de todo.

Todo lo que una persona puede necesitar, acá lo encuentra. Desde el apagón, el país se organizó sobre la costa. Te guste o no es así.

Era cierto. Lo que llamaban la planta era un pequeño pueblo, circundado por cuatro paredones, altos y de hormigón, que la convertían en una fortaleza que se autoabastecía. Dentro de ese predio,

hacia años que tenían una granja y una huerta que aportaba lo que los habitantes necesitaran.

—¿Cómo sabe que lo que saca Texon va a las ciudades de la costa?

—¿Adónde si no?

—Ya van a hacer veinte años del apagón. Las rutas fueron dinamitadas. No hay comunicación. ¿Cómo sabe lo que pasa en la costa?

—Ahí tenés: ¿para qué las dinamitaron?

—¿Para qué?

—¿Cómo “para qué”? Para generar terror, Vargas. Es el modo de operar de estos tipos. ¿No los conocés a tus amigos nuevos?

—La comunicación satelital se apagó de golpe. No podemos saber si en todo el mundo, porque quedamos incomunicados, pero digamos que sí, probablemente en todo el mundo. Sin satélites y sin radares, tampoco hay forma de viajar por aire. Estamos aislados, capitán, ¿o no lo ve? —dijo Vargas, en un tono más alto del necesario. Y agregó:

—¡Lo que hay que preguntarse es a quién le conviene ese aislamiento!

—Yo creía que eras más inteligente, che, pero al final sos bastante pelotudo.

Quedó un rato en silencio, mirando fijamente la pistola en la mano de Vargas.

7

—Ahora, tengo una duda, Vargas: ¿cuándo los conociste a los terroristas estos, vos? Si te pasás el día en el mirador calibrando la mira de tu fusil.

Vargas dudó en confesar sus comunicaciones radiales. En el sector este, junto al atalaya de vigilancia, había una radio que usaban desde la empresa para comunicarse con varias emisoras distantes de radioaficionados. Era el modo, no muy fiable ni eficiente, de saber que el mundo seguía en marcha. Vargas había encontrado una frecuencia por la que se comunicaba casi todas las noches, desde hacía tiempo, con los que el capitán llamaba terroristas.

—Usamos la radio. En una frecuencia de las que prohibieron.

—Ah, claro. ¿Y ahí te inocularon el cuentito ese de los ecologistas? ¿También te creíste la historia esa de que cuatro continentes fueron borrados del mapa? ¿Que ahora son proveedores de materia prima para que los del norte vivan como reyes? No podés creerte semejante boludez. Me hace acordar a cuando en el siglo pasado había gente que pensaba que la tierra era plana.

—Los escucho, capitán. Los escuché. Entendí. Solo eso.

—¿No te das cuenta de que Texon fue la única empresa que se quedó? Todas las demás se fueron con el apagón.

—Texon compró a las demás compañías. Un solo operador saca de la zona todo lo que puede. Sin competencia ni objeciones. Todos los días rompen rocas subterráneas sin que le importe los sismos que pueden generar, sin preocuparse porque el acuífero que encontraron se agote. Mandan lo extraído por el puerto que construyeron en Trelew. ¿Por qué por Trelew si supuestamente va a las ciudades de la costa, que están al norte? ¿Para dónde están mandado el gas, capitán?

—Ya te expliqué para dónde, salame. Y te expliqué para qué. Va todo a las ciudades de la costa.

8

—Eso no lo sabemos. Usted y los demás lo creen, pero la verdad es que no lo saben, no pueden saberlo.

—¡Qué lavada de cabeza que te hicieron, Varguitas! Me da pena, te juro.

—Lo único que sí sabemos es que tienen un ejército organizado alrededor de las plantas de extracción. Un ejército que no duda en reventar con municiones de precisión todo lo que se mueva a mil metros a la redonda. Por eso las miras digitales. Sabrá de lo que le estoy hablando.

—Bueno, está bien. Me rindo. No se puede hablar con un idiota. ¿Y qué es lo que piensan hacer?

El capitán se movió en el sillón, se acomodó, se levantó, se estiró los pantalones de fajina y se volvió a sentar. Miró a Vargas a los ojos, miró el arma que seguía en su derecha y después hizo un paneo por la oficina. Buscaba alguna salida a la situación, una solución que todavía no se le ocurría. Apoyó la cabeza sobre una mano y se quedó mirando fijo un punto en el vacío.

—La clave, capitán.

No le respondió. Vargas no estaba seguro de que lo hubiera escuchado. Estaba por repetir el pedido, cuando lo escuchó decir:

—Entregalos, Vargas.

Vargas tardó en entender lo que le pedía. Lo miró unos segundos tratando de comprender. Esa demora fue interpretada por el capitán como una vacilación. En la cara le creció el entusiasmo.

En este momento Vargas escuchó la señal. Estaban abajo. Debían ser unos cincuenta. Traían con ellos los explosivos para volar las tuberías que conectaban la planta con la reserva subterránea de agua. A cuatro kilómetros de ahí habían encontrado un

emergente natural que iba a hacer que el agua fluyera sin necesidad de ser bombeada. Lo que ahora necesitaban que los dejara entrar.

—Entregalos —repitió el capitán—. Hacedlos entrar y después los arrestamos. Yo no digo nada. O digo que fue una estrategia para desactivar una revuelta. La cosa queda entre nosotros. Un secreto entre hombres. Y desde mañana vos seguís en tu puesto como si nada, Varguitas.

Ahora sí vaciló, Vargas. Pensó que el capitán no iba a darle la clave de apertura.

Nunca se la iba a dar porque ser jefe de los centinelas era lo que lo definía, lo que él sentía que era. Confiaba en que su oferta ablandara a Vargas y que terminara entregando a los de abajo, que siguiera con su vida, sin culpa ni memoria. Entendió que, si no le disparaba, el capitán iba a encontrar la forma de impedir que liberaran la reserva. Entonces tomó la única decisión que podía tomar.

—Hacé lo que te digo, Vargas.

Ahora estaba pálido, el capitán. Presentía lo que estaba por pasar. Como último recurso expuso fugazmente una cara de niño asustado. Imperturbable, Vargas retrajo el percutor y le apuntó. Un instante antes de dispararle, vio que algo volvía a reconfigurarse en la cara de su jefe, en la disposición del gesto, y que ya era de nuevo el capitán que todos conocían.

—Negros de mierda —alcanzó a decir.

Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón

Marcos Martínez

A Leo y su familia que me contaron las dos o tres historias, verdaderas, principales y brutales de este cuento, mientras pasaba el tren.

La luna entre los arbustos hace centellar los ojos, de fondo la montaña, a sus espaldas el asentamiento. Los vecinos, escondidos, sienten vibrar la tierra, el traqueteo, el sonido que viaja por el metal; ya se acerca la locomotora.

All.All.All.All.

El maquinista sabe lo que va a suceder, ayer no vinieron y hace unos días pasó lo que pasó. *Seguro me frenan*, piensa.

Mientras más cerca está el tren más rápido parece ir, algunos vagones tienen dibujado un jaguar y los vecinos también son jaguares que corren por la orilla de las vías, por la orilla de la noche. Dos de ellos se agarran de un estribo, corren, intentan dar un salto que los impulse hasta lo que queda de escalón. Al subir el más flaco piensa que si pudieran le sacarían todos los estribos, el otro no piensa tan rápido, es un hombre de hechos.

Ya están los dos arriba del tren, dos siluetas recortadas avanzan y saltan de un vagón a otro hasta llegar al primero. Una vez ahí tiran la palanca del freno y así, vagón por vagón, la manguera hidráulica se estremece, el tren frena y suspira. De los arbustos salen hombres y mujeres que trepan a los vagones del tren, detenido a la orilla del tanque que alguna vez tuvo agua.

Revuelven entre la arenilla negra, buscan los carbones grandes, para que después ardan en braseros, salamandras, tachos, en restos de cocinas de hierro. Eligen los más grandes y saben no hay mucho tiempo. Las manos se van poniendo negras, las bolsas de nylon se van llenando, los bolsillos de los buzos viejos también.

Un móvil frena. Dos policías bajan, cargan las armas, los vecinos ya conocen el ruido. Policías y vecinos se miden bajo la luna, dos viejos enemigos. Un disparo corta el silencio lleno de murmullos, los perdigones de goma explotan, el disparo se repite.

¡Alto!, dice el más petiso de los policías.

Ambas bandas mantienen distancia, ambas bandas saben que no pueden llevar más carbón. Las sombras de los vecinos bajan de los vagones, corren, se pierden entre arbustos y calles de tierra.

El tren respira, sigue su paso y se aleja del asentamiento.

All.All.All.All.

El móvil arranca y se aleja de la sombra del tanque vacío que alguna vez tuvo agua.

Los vecinos sonríen, vuelven a casa con el botín, saben que esta noche la policía estuvo mansita por el descarrilamiento de hace dos días, sino no hubieran tirado al aire, hubieran venido escondidos, tiznados, entre el carbón; hubieran esperado que el tren frene; hubieran apuntado mejor. Si no fuera por el descarrilamiento que los vecinos provocaron hubieran vuelto mordidos por las balas de goma, marcados o sangrando, según la distancia del disparo. El descarrilamiento fue porque un cabo disparó a quemarropa a un pibe, disparó con balas de plomo. Era su primera vez y se puso nervioso cuando los sintió caminando sobre los vagones. El cabo y el pibe fueron noticia de algún diario que olvidaremos.

Hace algunos años otro pibe fue noticia, se resbaló por la escarcha. Creen que una pierna se enganchó en la rueda y fue devorado por la máquina. Esa noche el tren no frenó, la policía juntó la mitad del cuerpo y se los entregó a los vecinos. Cuando el hermano preguntó por la otra mitad, la policía amenazó con tirar si no se iban, ellos agacharon la cabeza y se fueron. Esa noche faltó el calor del carbón, faltó un hermano y todavía faltaba darle la noticia a su mamá.

Tenía treinta y dos años, padre, sin laburo.

Al otro día, ahuyentaron los bichos y terminaron de juntar los restos. Pensaron en cuándo había sido la última vez que lo habían visto sonreír, la última vez que habían hablado con él, cada uno de ellos dijo Podría haber sido yo. Tenían razón: cualquiera podía morir debajo de las fauces de la máquina, devorado una noche de frío mientras rodaba el deshecho de la gran industria, el deshecho del progreso que no pudieron robar.

El carbón les aseguraba un poco de calor en invierno, porque el frío es más frío en el asentamiento de Perdriel, que creció al pie de la montaña, al lado de las vías del tren que llevanel desecho del progreso para industrias que puedan pagarlo.

Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón en cada viaje. Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón de coque, deshecho, carbón para fundición, para el progreso. Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón manchados de sangre pasan por la orilla de la villa y son la tentación del calor que no tendrán en invierno. Ciento ochenta y siete mil kilos de carbón defendidos a plomo por un mísero adicional que la policía acepta para tener un poco de calor pago en invierno, no calor prohibido, calor legal de sueldo estatal que compra brazos y consciencias de los que empuñan las armas. Ciento ochenta y siete mil

kilos de carbón en cada viaje. Los vecinos, entre todos, sólo pueden robarle quince kilos de carbón al progreso.



Proyecto ECO ECO apela a los sentidos, para narrar con nuevos lenguajes, de manera sensible, lo que la ciencia, los activismos y el periodismo vienen comunicando con datos, investigación, evidencia. Apela a la imaginación porque hace falta.

Imaginamos nuevas formas de habitar el mundo

proyectoecoeco.com

Proyecto ECO ECO es una iniciativa de Periodistas por el planeta y cuenta con el financiamiento de Energy Transition Fund (ETF), un fondo caritativo destinado a promover narrativas sobre el cambio climático y sus principales causas.

Necesitamos imaginar
otras formas de habitar el mundo.



proyectoecoeco.com



periodistasporplaneta.com